

La política constituye una esfera y proyecto en continua reestructuración en América Latina, puesto que se modifica la forma de concebirla, hacerla e incluso, pudiéramos preguntarnos hasta que punto la política se debate entre el ideal del consenso y la realidad definida por el conflicto y la incongruencia. Nos adherimos a la idea según la cual la política democrática es un proceso continuo definido por el conflicto, sin embargo, la democracia permite canalizar el conflicto de forma pacífica e institucional, y por tanto la búsqueda del consenso se lleva a la práctica con el respeto de las reglas de juego.

No obstante, lo que no puede faltar en toda política que se precie de democrática y por extensión la democracia como tal, son unos contenidos y valores elementales, ya que su extravío conlleva a un extravío de la democracia y la política. Tendríamos así, que tanto la política como la democracia que son realidades, proyectos, y un tipo de ordenamiento y régimen político, no pueden prescindir de sus ideales, pues a partir de estos pudiéramos hablar de una cierta perfectibilidad de la política y la democracia respectivamente.

El análisis de la política en América Latina deviene extremadamente difícil y complejo por la multiplicidad de factores que influyen en la misma y generan por tanto una metamorfosis o transformación, destaca como esta cambiando la forma de concebir y hacer política, cuando esta última cada vez más es desarrol-

lada y practicada por un conjunto nuevo de actores (outsiders, nuevos caudillos, empresarios, candidatos, extra-partido entre otros) que tienen en común poner en entredicho el papel de las instituciones democráticas (principalmente de la clase política y de los partidos).

Asimismo, encontramos que paralelo a la llamada transformación de la política, ocurre una redefinición del papel del Estado, se vienen a menos las organizaciones políticas y como consecuencia se producen serios problemas de representación que tienen un impacto entre los ciudadanos. Creemos firmemente que la situación actual de crisis (de gobernabilidad, de la democracia y de algunas de sus instituciones) en algunos países de nuestra región, y particularmente en Venezuela, nos debe llevar a pensar en la revalorización y relanzamiento de la democracia como ideal y como régimen político, a los partidos políticos como organizaciones relevantes, y a la política como proyecto colectivo. Con ello habremos de contribuir en la viabilidad de nuevos escenarios de gobernabilidad democrática, que cuentan con nuevas instituciones, valores y contenidos democráticos, en fin, que se traduzcan en mejores niveles de vida y, por tanto, en una política y entramado institucional de mayor calidad.

La estabilidad y estructura del sistema de partidos y sus élites, configuran un tema crucial cuando nos proponemos elevar la calidad de la democracia. El sistema de partidos tiene importantes consecuencias para la vida política, esto es, para el funcionamiento de la democracia y, por ende, para sus resultados en términos de políticas públicas. Los partidos son los principales agentes de representación política en sociedades democráticas, junto a las élites, además se constituyen en los únicos actores con acceso a las posiciones de dirección. Los procesos electorales indudablemente son dominados por estos agentes, procedimiento que les permite influir en la agenda gubernamental y representar a los grupos diversos de la sociedad.

En este sentido, los partidos políticos, como muy bien afirman

Mainwaring y Scully, “no solo reflejan sino que determinan la estructura social, la economía y la cultura” de una sociedad. En el contexto que hemos descrito anteriormente, donde los rasgos predominantes de los regímenes latinoamericanos se caracterizan por la concentración del poder político en los ejecutivos y, por consiguiente, con el menoscabo de los otros poderes, los gobiernos siempre están en la tarea de aumentar su eficacia política y económica.

En relación a Venezuela, el problema a dilucidar no está referido al hecho de que estos nuevos actores y agrupaciones refresquen nuestro agotado escenario, sino hasta que punto este “nuevo chiripero” logrará contribuir en la generación de un clima de gobernabilidad y estabilidad. Para ello se precisa de una reforma de tipo institucional; no olvidemos que en buena medida los problemas de gobernabilidad sobrevienen y tienen su origen en las deficiencias y carencias que afectan a las principales instituciones democráticas (partidos, parlamento, entre otros).

La incertidumbre que ronda a Venezuela, y particularmente a su sistema político, resulta paralela a la regresión institucional de la última década, con indicadores devastadores en materia económica, social y política, cabría preguntarnos si después de vivir el país la peor crisis política de toda su historia, definida por el colapso casi terminal de su sistema de partidos, la ausencia de una vanguardia o elite de relevo y serios problemas de gobernabilidad y la imposición de una democracia plebicitaria, que raya en el autoritarismo (cuestionamiento radical de las instituciones democráticas), el sistema tendrá las capacidades para su recuperación institucional-funcional, que evite cualquier tipo de interrupción. Finalmente, estamos convencidos, de que parte de la crisis que registra hoy en día Venezuela puede ser solventada por vía de la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente. A partir de esto veremos si la democracia venezolana superará los umbrales autoritarios y antidemocráticos a los que ha sido sometida.

Sin embargo, el verdadero problema que afecta al pensam-

iento democrático radica en la carencia de unas instituciones políticas realmente eficaces, que puedan articular y representar los múltiples intereses que surgen dentro de la sociedad civil, así como desarrollar e implementar políticas coherentes, a fin de responder a las tareas fundamentales del gobierno.